

Tratado latinoamericano de Sociología

Enrique de la Garza Toledo

Coordinador

Og

OBRAS GENERALES

ANTHROPOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA. División de Ciencias Sociales y Humanidades

TRATADO LATINOAMERICANO DE SOCIOLOGÍA

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO
(Coord.)

J.S. Barbosa Cavalcanti
Mario Bassols Ricárdez
Mónica Isabel Bendini
Daniel B. Cornfield
Fernando Cortés
Angélica Cuéllar Vázquez
Orlandina de Oliveira
Joseph Ferraro

Brígida García
Marcela A. Hernández Romo
Carlos Illades
Sara María Lara Flores
Marco Antonio Leyva
Oliva López Arellano
Luis Montaña Hirose

Antonio Murga Frassinetti
Florencia Peña Saint-Martin
Abel Pérez Ruiz
María de los Ángeles Pozas
Javier Rodríguez
Vania Salles
Sergio Sánchez Díaz
Hugo Zemelman



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD IZTAPALAPA División de Ciencias Sociales y Humanidades

TRATADO latinoamericano de Sociología / Enrique de la Garza Toledo, coordinador. — Rubí (Barcelona) : Anthropos Editorial ; México : Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa, 2006
318 p. ; 24 cm. — (Obras generales)

Bibliografías
ISBN 84-7658-778-3

1. Sociología - América Latina I. La Garza Toledo, Enrique de II. Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa. Div. Ciencias Sociales y Humanidades (México) III. Colección
316 (7/8)

Primera edición: 2006

© Enrique de la Garza Toledo *et alii*, 2006
© UAM - Iztapalapa. División de Ciencias Sociales y Humanidades, 2006
© Anthropos Editorial, 2006
Edita: Anthropos Editorial. Rubí (Barcelona)
www.anthropos-editorial.com

En coedición con la División de Ciencias Sociales y Humanidades.
Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa, México
ISBN: 84-7658-778-3

Depósito legal: B. 25.930-2006

Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial
(Nariño, S.L.), Rubí. Tel.: 93 6972296 / Fax: 93 5872661
Impresión: Novagràfik. Vivaldi, 5. Montcada i Reixac

Impreso en España - *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

CAPÍTULO V

SOCIOLOGÍA HISTÓRICA

Carlos Illades

El vínculo entre historia y sociología se soldó con la formación de dos revistas que articulaban a su alrededor a lo que podríamos denominar «escuelas historiográficas»: *Annales d'histoire économique et sociale* (1929) y *Past and Present* (1952), publicadas en Francia e Inglaterra, respectivamente. *Annales*, fundada por el medievalista Marc Bloch y por el historiador de la época moderna Lucien Febvre, fue una respuesta a la historiografía tradicional, centrada en los acontecimientos políticos, la narrativa y la historia episódica.¹ Para ésta, el trabajo del historiador consistía básicamente en «establecer los hechos y después operar con ellos» (Febvre, 1970: 20). En cambio, la nueva escuela ponderó el estudio de las estructuras y las series, la «historia en profundidad», denominándola con el tiempo «historia total».

Past and Present, por su parte, agrupó a varios exponentes del materialismo histórico, prácticamente todos ellos militantes comunistas.² Los nombres de los marxistas Christopher Hill, Rodney Hilton y Eric J. Hobsbawm, progenitores de la publicación, con los años figuraron al lado de conocidas figuras como Lawrence Stone, John Elliot y Moses Finley.

El interés de esta revista y de los *Annales* por la historia económica y social, además por la común simpatía hacia las aproximaciones globales a los procesos históricos, propició cierto acercamiento intelectual entre ambas a partir de la década de 1960, como cuenta Hobsbawm en su autobiografía: «la afinidad entre lo que los historiadores franceses estaban haciendo en los *Annales* y lo que hacíamos nosotros en *Past and Present* era cada vez más evidente» (Hobsbawm, 2003: 303).

Fernand Braudel, alumno de Bloch e impulsor de la segunda etapa de los *Annales*, logró una síntesis compleja entre el tiempo y el espacio, las coordenadas básicas de la historia, y postuló el necesario acercamiento de la historiografía con las ciencias sociales, a fin de que ésta pudiera utilizar con soltura conceptos indispensables que por sí misma no había sido capaz de elaborar, y que aquéllas pudieran adquirir la profundidad temporal de que carecían. Postuló entonces que no habría ciencia social «más que en la reconciliación en una práctica simultánea a nuestros diferentes oficios» (Braudel, 1968: 128).

1. Para una historia de la escuela pueden verse Dosse, 1988, Burke, 1993a y Aguirre Rojas, 1999.

2. Veinticinco años después Perry Anderson se lamentaba que la teoría marxista no hubiera aprovechado suficientemente los avances logrados dentro del terreno historiográfico (Anderson, 1979a: 135). Para un estudio de esta corriente véase Kaye, 1989.

La convergencia de la historia con estas disciplinas recibió el nombre de «historia social» y más adelante, en Estados Unidos, el de «sociología histórica», para subrayar el desplazamiento de los sociólogos hacia la historiografía (Casanova, 2003: 84). Hacia 1970 la historia social tenía tres connotaciones distintas o, más exactamente, englobaba tres objetos de estudio: las clases subalternas, la cultura y las mentalidades, y las formaciones económico-sociales (Hobsbawm, 1998: 84-85). La última, de mayor interés para el historiador británico, lo motivó a preferir usar el término «historia de la sociedad». Hace una década, Peter Burke miraba todavía con optimismo «la cada vez más estrecha relación entre la historia y la teoría social» (Burke, 1997: 30).

Esta convergencia entre historia y sociología la revisaremos desde de dos perspectivas distintas: la preocupación de los historiadores por lo social, formulada a través de la corriente denominada «historia desde abajo» y, de otra parte, por las aproximaciones sociológicas que, saliéndose por lo menos parcialmente del funcionalismo, han intentado darle una perspectiva histórica a su disciplina y son conocidas genéricamente como sociología histórica. El tratamiento del primer punto nos remite a la historiografía francesa y, en mayor medida, a la británica. El segundo nos sitúa fundamentalmente en la tradición sociológica anglosajona.

De la Historia a la Sociología: la historia desde abajo

Antes de la profesionalización de la historiografía con los estudios del alemán Leopold von Ranke, quien dotó a la disciplina de cierto rigor metodológico, definió su campo de estudio y seleccionó las fuentes para hacerse de datos fidedignos, el romanticismo generó una preocupación histórica, literaria e incluso política por el sujeto social por antonomasia del siglo XIX: el pueblo. Jules Michelet dedicó todo un volumen para hablar de él y, en función de ello, autores contemporáneos como Hobsbawm, lo reconocen como el ancestro decimonónico de la historia de la gente común conocida como «historia desde abajo» (Hobsbawm, 1998: 207).

Más cercano a nuestro tiempo podría mencionarse al historiador francés Georges Lefebvre, como quien desbrozó este terreno con su gran obra *El gran pánico de 1789* (1932) aludiendo con ello las expectativas, actitudes y conducta campesina ante la revolución. Albert Soboul (1914-1982), su discípulo más avezado, dice que el trabajo de Lefebvre cambió la perspectiva con la que se había abordado el fenómeno revolucionario, justamente al mirarlo «desde abajo» (Soboul, 1987: 30, subrayado por el autor). Este último, por su parte, desplazó el interés del mundo rural hacia la ciudad y realizó una espléndida caracterización del movimiento popular del Año II, el de los *sans-culottes*, una amalgama socialmente compleja de artesanos, desempleados, pequeños propietarios y todo tipo de gente menuda que defendió el control de los precios y practicó la democracia directa en 1793 (Soboul, 1985: 87).

George Rudé (1910-1993), nacido en Oslo y avecindado desde niño en Inglaterra, conoció en París en 1949 a Lefebvre y Soboul, poco después de realizar una incursión tardía en la historiografía —inicialmente había estudiado letras modernas en Cambridge— retrasada aún más por la guerra, en la que participó en el servicio contra incendios. Diez años después publicó su primer libro *La multitud en la Revolución Francesa* donde esbozó su aportación fundamental a la disciplina: la historia de los movimientos populares. El libro es una anatomía del pueblo bajo que participó en la gesta revolucionaria. En trabajos posteriores abriría el abanico temporal hacia buena parte del siglo XVIII y la primera mitad del XIX, y extendería el análisis hacia la isla británica, comparando la protesta popular en ambos países en *La multitud en la historia* (1964) y *El rostro de la multitud* (1988) o, junto

con Hobsbawm, elaborando el aún insuperado estudio sobre la revuelta rural de 1830: *El capitán Swing* (1969).³

Rudé rompió con el paradigma dominante (procedente de la historiografía, la ciencia política y la psicología social del XIX y principios del siglo XX) según el cual la protesta popular no obedecía a patrones racionales y carecía de propósitos más allá de la violencia y la destrucción. La tipología que elaboró exhibió la lógica interna de estos movimientos e identificó claramente sus objetivos, normalmente la reparación de un daño o la restauración de un estado de cosas rebasado o puesto en peligro por factores externos. Esto en cuanto se refiere a los movimientos tradicionales o premodernos (encabezados frecuentemente por el artesanado), pues encontró un quiebre en las revoluciones románticas de 1848, donde se perfilaron demandas más articuladas, grupos organizados y nuevos métodos de lucha. Los liderazgos colectivos y anónimos fueron cediendo el lugar a otros más visibles y personalizados.

Dentro de la perspectiva de Rudé, la acción colectiva no puede explicarse sin tomar en cuenta de las ideologías que la sustentan. Con tal fin, hizo una distinción entre los componentes más simples e inmediatos, y los mayormente elaborados, complejos y provenientes de fuera. A los primeros los denominó «creencias inherentes», las cuales surgen de la vida diaria y refieren a cuestiones elementales de justicia, derechos adquiridos, usos y costumbres, libertades tradicionales, etcétera. A los otros les dio el nombre de «ideas derivadas», y los relacionó con sistemas de pensamiento más complejos e ideologías estructuradas. La mezcla final que se operó en el seno de los movimientos populares no sólo dependió de la naturaleza de unas y otras, sino de las circunstancias y experiencias concretas de éstos (Rudé, 1981: 46).

La amplia y variada obra de Eric J. Hobsbawm (1917), que va desde la historia del movimiento obrero hasta el jazz, de las grandes etapas históricas a los momentos coyunturales, de la economía al estudio de las tradiciones y la iconografía del trabajo, comparte muchas de las premisas teóricas de Rudé. Sus vidas y biografías intelectuales también presentan paralelismos significativos: padres de distinta nacionalidad que sus cónyuges, interrupción de los estudios por la guerra, militancia comunista, carencia durante un buen tiempo de una cátedra permanente, trabajo en universidades periféricas, una obra historiográfica iniciada en la madurez y, a partir de allí, una producción amplia y de gran repercusión dentro del campo (en el caso de Hobsbawm, también fuera de éste, hasta convertirse algunos de sus libros en verdaderos *best-sellers* publicados en más de veinte lenguas). Desde su aparición en el firmamento historiográfico con *Rebeldes primitivos* (1959) hasta *Años interesantes* (2002), los textos del historiador nacido en Alejandría no han dejado de venderse, no obstante de salir de la pluma de un marxista ortodoxo.

Rebeldes primitivos y *Bandidos* (1969) apuntaron en la misma dirección analítica y comparativa que Rudé al distinguir entre los movimientos sociales arcaicos y modernos. Aquéllos son impulsos restauradores y justicieros ante una situación nueva y adversa que socava los valores antiguos y el andamiaje cohesivo de la comunidad. No intentan propiciar un cambio radical dentro del *statu quo*, ni mucho menos dar lugar a una revolución, sino hacer a un lado los factores disruptivos que amenazan a la sociedad agraria tradicional. Es decir, pugnan por volver a un pasado idílico en que las cosas hipotéticamente eran diferentes y mejores. En este sentido son conservadores y prepolíticos, a la vez que cuentan con una base popular y/o son expresión de sus demandas. Los modernos, por su parte, surgen en la segunda mitad del siglo XIX, poseen ideologías definidas, los articulan grupos organizados (sindicatos y partidos), cuentan con liderazgos visibles, gozan de un carácter secular, tienen finalidades políticas y, eventualmente, se plantean objetivos revolucionarios. Apuntan para ade-

3. También publicó, entre otros, *La Europa revolucionaria 1783-1815* (1964), *Europa desde las guerras napoleónicas a la revolución de 1848* (1972) y *La Revolución Francesa* (1988).

lante. Hacia ese segundo núcleo problemático dirigieron sus baterías *Trabajadores* (1964), *Revolucionarios* (1973) y *El mundo del trabajo* (1984).

Si sus estudios sobre la historia de la clase obrera tienen una deuda con la tradición liberal radical y socialista inglesa (los Hammond, los Webb, G.D.H. Cole, entre otros), puede pensarse también que la concepción de la historia de Braudel,⁴ en particular en lo que respecta al nivel de la temporalidad conocido como larga duración, influyó en la formulación de la historia de la sociedad contemporánea reunida en sus monumentales «eras»: *La era de la revolución. Europa, 1789-1848* (1964),⁵ *La era del capitalismo, 1848-1875* (1977), *La era del imperio, 1875-1914* (1987) y *La era de los extremos. El pequeño siglo XX, 1914-1991* (1994).⁶

Este ciclo histórico corre desde el ascenso de la burguesía con la Revolución de 1789 hasta la desaparición de la Unión Soviética en 1991. Por tanto, se ocupa de la historia de la sociedad capitalista, pero no únicamente bajo sus aspectos económicos, a los que dio un tratamiento especial circunscrito al caso inglés en *Industria e imperio* (1968), sino también tomando en consideración los aspectos políticos, ideológicos y culturales, las artes y las ciencias, tratados más extensamente en *La era de los extremos*, donde analiza la confrontación entre los bloques capitalista y socialista e incorpora a su explicación al Tercer Mundo como parte del sistema mundial. Desde el ángulo que se le mire se trata de una «historia global» facturada bajo las premisas teóricas del marxismo. Al fenómeno del nacionalismo, de nueva cuenta en ascenso en Europa durante la década de los ochenta, dedicó otro libro: *Naciones y nacionalismo desde 1780* (1991).

Todavía dentro de los confines del materialismo histórico, pero con un fuerte desplazamiento desde lo económico-social hacia lo socio-cultural, se encuentra la producción de Edward Palmer Thompson (1924-1993), un fuerte crítico de las caracterizaciones sociológicas de las clases sociales (a las cuales tildaba de estáticas y ahistóricas) y, a la vez, uno de los historiadores más leídos y respetados por los sociólogos.

En *Miseria de la teoría* (1978), un debate con el marxismo estructuralista de Louis Althusser, el historiador británico nacido en Halifax señala que la historia obedece a un proceso lógico que presenta una serie de regularidades relativas, continuidades y rupturas, susceptibles de ser conocidas. Aunque considera fundamental la forma cómo el historiador interroga a los hechos, señala que la lógica del proceso histórico no está determinada por la teoría y el bagaje conceptual utilizado por el investigador, alejándose así de concepciones historicistas y posmodernas, y de epistemologías idealistas, sino que el acontecer histórico es de suyo coherente. Dentro de la discusión sobre la preeminencia de la estructura o del proceso, prioriza éste último.⁷ Para él la historia es resultado de la acción humana, la cual analiza por medio de la categoría de experiencia. A propósito de esto Anthony Giddens ha señalado que Thompson «otorga una enorme importancia a la capacidad de los agentes humanos para moldear una y otra vez las condiciones de su existencia» (Giddens, 1994: 154).

El interés por la cultura popular hizo que dentro de su obra se estableciera un contrapunto constante y a veces problemático entre la historia social (por naturaleza diacrónica) y la antropología (de carácter sincrónico). Así, la primera toma prestados conceptos de la segunda, los cuales, a su vez, son enriquecidos o puestos en cuestión a través de un discurso

4. Recuerda Hobsbawm: «mis relaciones personales con Fernand Braudel se vieron perjudicadas para siempre cuando el gran hombre, mucho mayor que yo y por sus méritos mucho más ilustre, me propuso formalmente que nos llamáramos de tú» (Hobsbawm, 2003: 299).

5. Conocida en castellano como *Las revoluciones burguesas*. Complementada después en *Los ecos de la Marseillesa* (1990).

6. Editada con el título de *Historia del siglo XX*. Varias reflexiones sobre su obra, una entrevista y una extensa recopilación de su bibliografía pueden encontrarse en el número monográfico dedicado a él en *Historia Social*, 25, 1996.

7. La obra de Thompson tiene «un profundo sentido del proceso, expresado en una capacidad insuperable para trazar la intrincada interacción entre continuidad y cambio [...]» (Meiksins Wood, 1994: 118).

explicativo (el historiográfico) que concibe al tiempo como una de sus dimensiones fundamentales. Dentro de los rituales Thompson localizó vetas de enorme riqueza para el análisis histórico y encontró una ventana para asomarse a las normas implícitas en la conducta colectiva. Éstos se extienden a la vida política y social, también lo hacen a la doméstica; permean a las clases sociales y a los poderes públicos; se desarrollan tanto en el campo como en la ciudad, pudiendo incluir a la burla y al insulto así como la violencia y el terror. Los rituales populares, más allá de su carga de exageración y simbolismo, dan razón de aspectos poco explícitos del comportamiento comunitario e incluso de cambios al interior de las prácticas colectivas, ocultos tras su aparente reproducción.

A través de la apelación a la costumbre, al fundamento moral de la economía, y al rechazo de la ley,⁸ entre otras razones, se entabló la confrontación con los grupos sociales (o con los individuos) que intentaron trastocar el orden aceptado por la comunidad. Las formas de conciencia plebeya, desarrolladas a través de este tipo de prácticas, fueron un sustrato sobre el cual se asentaron las tradiciones obreras. Esta dialéctica entre la continuidad y el cambio alejó a Thompson de las tesis de Rudé y Hobsbawm, que establecieron una distinción tajante entre lo tradicional y lo moderno dentro de los movimientos populares, mostrando además que el conflicto es previo a la aparición de las clases. Es así que en épocas históricas anteriores a la Revolución industrial: «la clase no era un concepto asequible dentro del propio sistema cognoscitivo de la gente» y, en consecuencia, «debemos extremar el cuidado contra la tendencia a leer retrospectivamente notaciones subsecuentes de clase» (Thompson, 1979: 37).⁹

En 1950 Braudel echaba en falta una «obra maestra de la historia marxista que hubiera servido de modelo y punto de reunión; aún la estamos esperando» (Braudel, 1968: 127). Ésta llegaría bajo el nombre de *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (1963), el segundo libro de E.P. Thompson,¹⁰ donde usó tres categorías básicas relacionadas recíprocamente: clase, experiencia y conciencia de clase. La clase supone la identificación de intereses comunes, procesados a través de la experiencia cotidiana. Dichos intereses no surgen por azar, ya que se encuentran vinculados con las relaciones productivas en donde los individuos están insertos, es decir, tienen como soporte una materialidad social y se objetivan por medio de la experiencia, la cual transforma a conglomerados humanos particulares en clases sociales. Desde esta perspectiva, la clase existe a través de su propia experiencia. Este énfasis en la materialidad de las clases estableció una línea de demarcación entre sus ideas y los exponentes de la «nueva historia social», que concentran su atención en la representación simbólica, la multiplicidad de las identidades colectivas y la subjetividad de los actores sociales.¹¹

Una embestida contra la «historia desde abajo» vino desde el propio marxismo británico a través de la punzante pluma del historiador inglés Gareth Stedman Jones (1942), fundador junto con Raphael Samuel de la revista *History Workshop* (1976). Cobran importancia dentro de su reflexión el «giro lingüístico», que hizo ver las dificultades para asumir al lenguaje como simple instrumento de la conciencia y no como un problema epistemológico en sí mismo, y la llamada crisis del marxismo, atribuida por algunos a la debilidad intrínseca de su teoría política.¹²

8. Sobre esta materia véase Thompson, 1975.

9. Una versión revisada de estos textos se reunió en Thompson, 1995. Para un análisis del conjunto de su obra y una amplia bibliografía véanse *Historia Social*, 18, 1994; Palmer, 1981 y 1994.

10. En 1955 había publicado una biografía de William Morris.

11. De acuerdo con la crítica feminista Thompson ofrece una construcción masculinizada de la identidad de la clase obrera, dejando de lado la noción de género (Scott, 1988: 88-89).

12. Sobre este punto véanse Althusser *et alii*, 1979 y Anderson, 1980.

Después de su notable libro *Outcast London* (1971), donde estudió las relaciones entre las clases en la época victoriana dentro del espacio de la capital inglesa, Stedman Jones emprendió una revisión de sus propias tesis en la amplia introducción a *Lenguajes de clase* (1983). Desnudó las limitaciones de las concepciones esencialistas de las clases sociales (presentes en Rudé, Hobsbawm y Thompson) en las que el «ser social» funge como elemento constitutivo y como fundamento de su materialidad objetiva, para trasladar las coordenadas del análisis hacia los lenguajes políticos, a través de los cuales aquéllas se reconocen como tales. Esta primacía de la esfera política en el enfoque del conflicto social aparece también en *El ciudadano trabajador* (1993) del historiador estadounidense David Montgomery (1927), una crónica de la lucha por los derechos políticos de la clase trabajadora tomando como punto de arranque la esclavitud y otras formas de coacción de la mano de obra.

Aunque en Thompson había ya un desplazamiento de la historia social hacia el campo cultural y una recurrente revisión de las fuentes literarias para aprehender la cultura popular, dentro de la historiografía británica esta tendencia se acentuó con Peter Burke (1937), notoriamente influenciado por la escuela de los *Annales*.¹³ Este deslizamiento hacia la cultura incluyó también una ampliación del concepto: «historiadores marxistas y no marxistas por igual descubrieron la relativa autonomía de la cultura, un término que llegó a emplearse con mayor frecuencia en un sentido amplio, antropológico, antes que en el sentido restringido que se le daba para designar el mundo de la literatura y de las artes» (Burke, 1996a: 18).

En el estudio de dos ciudades-estado modernas cabezas de dos repúblicas clausuradas por el imperio napoleónico, *Venecia y Amsterdam* (2.ª ed. revisada, 1994), Burke recurrió a la teoría del equilibrio social de Vilfredo Pareto y a los estudios de las élites de C. Wright Mills y Robert Dahl para sustentar conceptualmente la transformación de empresarios a rentistas operada dentro de la aristocracia veneciana y la burguesía holandesa durante el siglo XVII (la época dorada de los Países Bajos), ambas cultivadoras de las ciencias y patrocinadoras de las artes, mercaderes en gran escala y propietarios agrícolas en cuanto a sus actividades económicas, y funcionarios del gobierno de la ciudad si atendemos a su participación en la vida pública. La iconografía en lo que respecta a las fuentes, la prosopografía y el análisis comparativo en cuanto al método, destacan en este libro perteneciente a la nueva historia social.

Dentro de la historiografía francesa también hubo un replanteamiento del vínculo entre la historia social y la historia cultural, por parte de Roger Chartier (1945), quien ha realizado una sociología de la cultura escrita, la lectura y el público lector en la Francia moderna anclada en la perspectiva teórica de Michel Foucault. La producción de los textos, la construcción de la figura del autor, la fijación del canon, la circulación de los manuscritos y su apropiación por los lectores son algunas de las problemáticas básicas abordadas por el historiador nacido en Lyon¹⁴ quien, en un texto reciente (Chartier, 2000), subrayó la crisis de inteligibilidad sufrida por la disciplina histórica que, de un lado, la hizo poner en tela de juicio los paradigmas teóricos dominantes, las categorías básicas y los métodos; y del otro, la descentró como sitio de confluencia de las distintas ciencias sociales, lugar que de le había conferido Braudel, y la hizo romper su unidad, acabando con el viejo proyecto de la «historia total».

De la Sociología a la Historia: La sociología histórica

A la vez que los historiadores que revisamos dieron una dimensión amplia a sus estudios, establecieron comparaciones entre procesos surgidos en distintos países, relacionaron la historia con la sociología y con otras ciencias sociales, y, en la medida en que la disciplina

13. Véanse al respecto Burke, 1991, 1993b, 1996a y 1996b.

14. Entre otros, véanse Chartier, 1990, 1992, 1993, 1994, 1995, 1997 y 1999.

histórica lo permite, aventuraron algunas generalizaciones y elaboraron modelos, hubo también un desplazamiento inverso en el que los sociólogos, particularmente los anglosajones, recurrieron a la historia para construir sus objetos teóricos. Con afán de centrarnos en autores más recientes, no nos detendremos aquí a analizar la influyente producción del sociólogo de la Universidad de Harvard Barrington Moore jr. (1913) —*Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, 1966; *Injusticia. Las bases sociales de la obediencia y la rebeldía*, 1978—, experto en la historia soviética y alemana, ocupándonos en cambio de los estadounidenses Charles Tilly (1929) e Immanuel Wallerstein (1930), y del británico Perry Anderson (1939).

Un elemento común a los tres es la prioridad que le otorgan a la larga duración, ya sea para analizar las revoluciones (Tilly), la conformación de la economía-mundo (Wallerstein) o las transiciones entre las grandes épocas históricas (Anderson). Otros más son la formulación de modelos interpretativos y la comparación de procesos surgidos en espacios geográficos distintos.

Tilly echó mano del funcionalismo para construir un modelo explicativo del cambio social en el tiempo largo. *The Contentious French. Four centuries of popular struggle* (1986) destacó cuatro aspectos esenciales de la rebelión urbana: concentración del poder, alta desigualdad social, desarrollo económico dinámico y amplia concentración de las unidades de producción. En *Las revoluciones europeas, 1492-1992* (1993) amplió el marco del análisis a todo el continente, fundándolo en la distinción conceptual entre conflicto, revuelta y revolución. Más adelante haría tanto una crítica a los enfoques de Rudé y Hobsbawm como el reconocimiento de su deuda intelectual con ambos en la conclusión a *Revuelta en las ciudades. Políticas populares en América Latina* (1996), editado por Silvia M. Arrom y Servando Ortoll, objetándole a aquéllos su visión progresiva de los movimientos populares (el paso de formas inferiores a superiores de lucha) y la confusión de las formas de acción colectiva con las ocasiones en que éstas ocurren.

El sociólogo estadounidense englobó las causas que hacen variar las demandas populares en tres categorías: base social, cultura y estructura de oportunidades. Por otra parte, la acción colectiva es el resultado de una combinación de factores diversos que se mueven dentro de un espectro acotado, presentados sintéticamente en un diagrama donde se dibuja un primer plano que incluye las motivaciones directas (misericordia, enojo, etcétera); las formas de conciencia (ya sean éstas ideologías, creencias y tradiciones); y lo que llama «comprensión común» de los actores sociales (cálculo de beneficios y oportunidades, percepción de los intereses en juego, etc.). La segunda dimensión es el proceso social que genera la acción colectiva: tensión social, movilización política y lucha continua. Ambos planos provocan tres resultados posibles: desorden (impulso directo alentado por la tensión social), progreso («conciencia impuesta» resultante de la movilización política) o lucha («comprensión común» de los actores sociales inducida por la lucha continua).

A Immanuel Wallerstein le han preocupado la evolución de las ciencias sociales y la conformación del sistema capitalista en su dimensión planetaria. Dentro de aquélla ha mostrado tanto los límites de los paradigmas decimonónicos dentro de los cuales se conformaron como saberes especializados al separarse de la filosofía e iniciaron su profesionalización en las universidades, como la necesidad de concebir unos nuevos de cara al siglo XXI.¹⁵ Su estudio histórico más ambicioso, *El moderno sistema mundial* (1974-1989), buscó sintetizar las perspectivas de Marx y de Braudel a propósito de la formación y desarrollo del capitalismo en una escala temporal de larga duración, desde el siglo XV hasta mediados del XIX, para lo cual recurrió a la noción de economía-mundo desarrollada por el segundo en *El Mediterrá-*

15. Sobre esta materia véanse Wallerstein, 1996, 1998a y 1998b.

neo y el mundo mediterráneo en tiempos de Felipe II (1949). Wallerstein comparte también con el historiador francés la postura circulatoria en torno al origen del capitalismo (opues a la línea abierta por Maurice Dobb en sus *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, 194 y el enfoque de *Annales* conocido como «historia total».

Al igual que Thompson, la práctica historiográfica de Perry Anderson se ha verificado relativamente al margen de las aulas universitarias. Ambos arrancaron la publicación de la *Ne Left Review* en 1960, pero al poco tiempo discrepancias en torno a la conducción de la revista más que nada, diferencias de orden teórico e historiográfico provocaron su distanciamiento a la vez, una discusión rica e intermitente que se prolongó por veinte años. De filiación marxista, representaron a dos generaciones de esta tradición. La línea de Thompson, heterodoxa empírica, anclada en la historiografía, la crítica literaria y la antropología, de raíces anglosajona Anderson, influido por el marxismo estructuralista de Althusser, de sólida formación teórica interesado en la filosofía y la sociología, dado a las grandes síntesis historiográficas y no a estudio de casos concretos, más continental que insular.

En la década del sesenta el debate se centró en la crisis de la sociedad inglesa de la época y las causas históricas que la detonaron, llevando a preguntarse porqué Inglaterra no experimentó una revolución como la francesa y la consecuencia que esto tuvo para el ulterior desarrollo de una cultura política conservadora. A grandes rasgos Anderson argumentó que la aristocracia terrateniente se transformó progresivamente en una burguesía agraria (de allí la matriz conservadora que siempre la acompañó), en tanto que Thompson sostuvo que su desarrollo fue relativamente independiente y conflictivo. Donde el primero vio una clase obrera domesticada, el otro subrayó la complejidad de su cultura y su eventual explosividad como mostró el ludismo.¹⁶

Otro hito dentro de su debate teórico fue cuando Thompson publicó *Miseria de la teoría* un duro y visceral alegato en contra de la filosofía althusseriana, particularmente en lo que respecta a su visión de la disciplina historiográfica, el cual dio pie a una revisión crítica por parte de Anderson en *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson* (1980).¹⁷ Entre otras cosas, éste mostró algunas inconsistencias en la conceptualización de las clases sociales desarrollada por Thompson en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (un caso excepcional y, a final de cuentas, problemático con miras a una generalización)¹⁸ y su desplazamiento desde el marxismo clásico hacia una orientación culturalista. Esta vez no hubo respuesta. Durante buena parte de la década Thompson sería uno de los más destacados y combativos dirigentes del movimiento pacifista europeo. Cuando regresó a la práctica historiográfica en los noventa, fue para revisar algunos de sus ensayos sobre la cultura popular y concluir el libro sobre William Blake y la ley moral.¹⁹

Anderson privilegia el análisis de las transiciones históricas.²⁰ En su estudio sobre el absolutismo europeo, caracterizó a éste como el primer Estado moderno que, no obstante tener un componente burgués, expresa todavía la dominación de la nobleza, reorganizada después de las rebeliones campesinas de finales de la Edad Media. Esta forma estatal, con diferencias significativas en Europa occidental y oriental (en el Oeste es una respuesta a la abolición de la servidumbre; en el Este reduce a ésta a una población campesina escasa y dispersa en amplios territorios), profesionaliza a la burocracia y al ejército, domestica a los poderes locales, somete

16. Véanse al respecto Anderson, 1977 y Thompson, 2002.

17. Más sobre su perspectiva historiográfica se recoge en Anderson, 1986.

18. Es así que «la notable conciencia de clase característica de la primera clase obrera industrial de la historia del mundo es proyectada universalmente sobre otras clases» (Anderson, 1985: 44).

19. Thompson, 1995 y 1993. Su esposa, la historiadora Dorothy Thompson, ha preparado la edición póstuma de varias compilaciones de textos sobre diversas materias. Entre otros, véanse Thompson, 1994, 1997 y 2000.

20. Sobre esta materia véanse Anderson, 1979b y 1979c.

a las corporaciones, concentra el poder en la persona del monarca, traza el contorno de lo que serán los Estados nacionales y establece los primeros pactos interestatales, crea la diplomacia, y fija con mayor o menor éxito (Francia y España como ejemplos opuestos) cargas impositivas al campesinado, sin menoscabo del pago de la renta feudal a los señores.

En su crítica al famoso ensayo de Francis Fukuyama «¿El fin de la historia?» (1989), Anderson se preguntó sobre su factibilidad a la luz de las tendencias históricas contemporáneas en *Los fines de la historia* (1992). La exposición es sobrecogedora: la base de la riqueza capitalista se concentró a la vez que las elecciones libres se expandieron, es decir, que su relación no sólo es asimétrica sino que corre en sentidos divergentes; «el mundo en desarrollo» está más depauperado que antaño y, por tanto, sus posibilidades de salir del horizonte histórico de la Revolución Francesa y adentrarse en la posmodernidad son cada vez más remotas; a nivel general, incluidas las economías industriales avanzadas, crecieron las desigualdades sociales entre sus habitantes; aunque la democracia representativa cubre ahora más territorio que nunca, perdió sustancia, tanto porque las decisiones estratégicas las toma la tecnoburocracia sin consultar a nadie, como por el alejamiento de los electores de las urnas; la crisis ecológica es ya una realidad y la irracionalidad de la globalización económica tiende a agravarla. Los privilegios consuntivos de un segmento de la población cada vez menor procrean la miseria de una masa creciente.

El historiador británico trató de atisbar una alternativa viable a la construcción posthistórica. Vio a la socialización del mercado como una forma de alcanzar cierto control sobre la producción mercantil. Un modelo de democracia que ensanche y profundice los espacios de decisión pública sería su contraparte política. Alcanzar estos objetivos requeriría de la integración de una fuerza social más amplia que los asalariados industriales, destacadamente la participación de las mujeres que, en su lucha por el reconocimiento igualitario en las sociedades metropolitanas, han alcanzado más éxito en los últimos veinte años que otros movimientos.

La Historia «desde abajo» en América Latina y México

En América Latina resulta difícil asociar a las revistas históricas con determinadas escuelas de pensamiento, por lo que quizá sea más pertinente hablar de las temáticas dominantes. Durante las décadas de los sesenta y setenta, bajo el influjo teórico del marxismo y en el marco del ascenso de la izquierda, ocupó muchas páginas el debate acerca de la transición hacia el capitalismo y sobre la definición de la naturaleza de la sociedad colonial. ¿Fue ésta «feudal» o capitalista? La respuesta dividió a historiadores, economistas y sociólogos, en general proclives a pensar que el desarrollo americano obedecía a las pautas de una historia universal concebida desde Europa.

De cualquier forma, el análisis recayó fundamentalmente en las relaciones sociales dentro del mundo agrario y en la minería. Pocos trabajos se ocuparon de las ciudades, destacando el estudio pionero de Richard M. Morse, *From Community to Metropolis. A Biography of Sao Paulo, Brazil* (1958), seguido por el texto clásico de James R. Scobie, *Buenos Aires. Plaza to Suburb, 1870-1910* (1974), ambos estadounidenses. Y, dentro del ámbito mexicano, cuando se dio a conocer *Ciudad de México, ensayo de construcción de una historia* (1978), coordinado por Alejandra Moreno Toscano.

En diálogo con las tesis de Rudé y Hobsbawm acerca de los movimientos sociales, el estudio comparativo del conflicto en las ciudades latinoamericanas fue el tema del libro ya citado de Silvia M. Arrom y Servando Ortoll, donde se demuestra, siguiendo el esquema propuesto por Tilly, que en la «Rebelión de los barrios», ocurrida en el Quito borbónico, se combinó la tensión social, la movilización política de arriba hacia abajo y «comprensión

común» de los participantes. Por su parte, el «Motín de El Parián» (1828) obedeció más a la movilización política, la cual resultó insuficiente en Salvador, Brasil, en 1836. En el «Motín de Vintem» (Río de Janeiro, 1880) la cultura política jugó un papel destacado. El «Bogotazo» de 1893 tuvo como principales coordenadas la movilización política y la «conciencia impuesta». La «Revuelta contra la vacuna» (Río de Janeiro, 1904) fue un parteaguas en la historia política brasileña y los motines de Guadalajara expresaron una hostilidad profunda de la multitud contra ciertos grupos de extranjeros durante los prolegómenos de la Revolución Mexicana.

La discusión sobre el tránsito hacia el capitalismo tuvo como secuela una aproximación cada vez más sistemática hacia la historia del movimiento obrero. En un inicio, el enfoque se redujo al proletariado industrial, pero progresivamente fue cobrando importancia la investigación sobre el artesanado urbano. Un cuadro reciente de la historia social de los artesanos latinoamericanos del siglo XIX incluye la monografía de Francisco Quiroz Chueca (1988) sobre las demandas proteccionistas de los artesanos limeños, el libro de Hilda Sabato y Luis Alberto Romero (1992) acerca de la ocupación laboral en la provincia de Buenos Aires, el de David Sowell (1992) sobre el artesanado bogotano y su participación en las guerras y la política liberal, el de Sergio Grez Toso (1997) acerca del artesanado chileno y el de Joan Casanovas (2000) sobre la organización y movilización política de los trabajadores cubanos. En México se destacó la inserción de los artesanos dentro de la vida urbana (González Angulo, 1983; López Monjardín, 1985; Pérez Toledo, 1996), la declinación de los gremios novohispanos y la formación de la clase obrera (Castro Gutiérrez, 1986; Bracho, 1990; Novelo, 1999), las primeras organizaciones mutualistas (Leal y Woldenberg, 1980; Leal, 1991; Illades, 1996 y 2001) y la lucha por la ciudadanía durante la Revolución de 1910 (Lear, 2001).²¹

Como se aprecia, un elemento común a estos trabajos lo constituye la centralidad otorgada al artesanado en el movimiento obrero del siglo XIX y el reconocimiento de su papel tanto en la conformación de la sociedad civil decimonónica como en la construcción del Estado liberal. Asimismo se ha puesto en cuestión la antes indiscutida línea de continuidad que conducía del mutualismo al sindicalismo, reduciendo la investigación sobre el primero a un mero antecedente del momento estelar por venir, y de las reivindicaciones económicas y sociales a la participación política, resultando cada vez más clara su imbricación. En cuanto a la perspectiva teórica, si bien no se ha abandonado totalmente el marxismo, han cobrado relevancia las orientaciones de la nueva historia social, el análisis de los lenguajes políticos y de clase, y la exploración de los rituales cívicos.

Para el siglo XX pierden relevancia las investigaciones acerca del artesanado y vienen al relevo los textos sobre los obreros industriales. La lista podría ser enorme y me conformaría con destacar la visión de conjunto que presentó el historiador peruano Ricardo Melgar Bao en *El movimiento obrero latinoamericano* (1988) y la obra colectiva coordinada por el sociólogo mexicano Pablo González Casanova titulada *Historia del movimiento obrero en América Latina* (1984-1985). Bajo sus auspicios también se editó *La clase obrera en la historia de México* (1980-1981).

Síntesis necesarias, en mayor o menor medida estos ensayos interpretativos se inscriben dentro de la corriente marxista, otorgando un papel fundamental a las ideologías, el conflicto laboral, las organizaciones y las respuestas estatales. En los últimos años, sobre todo gracias a la influencia de la antropología cultural, se han desarrollado líneas tales como los estudios del género, las tradiciones, los rituales y la memoria colectiva en muchos de los países del subcontinente. Sin embargo, continúa dándosele importancia a las formas

21. Una perspectiva comparativa del artesanado latinoamericano se recoge en el dossier que Clara E. Lida reunió en *Historia Social*, 31, 1998, donde se incluyen textos de Casanovas, Grez Toso, Pérez Toledo e Illades.

organizativas y se han comenzado a realizar estudios comparativos como el amplio volumen sobre la historia del sistema mutualista a escala no sólo latinoamericana sino mundial (van der Linden, 1996).

La «historia desde abajo» latinoamericana también ha rendido frutos en el abordaje del mundo rural y de la cultura popular, en ambos casos influida por la corriente de los «estudios subalternos», una suerte de lectura posmoderna de la categoría gramsciana de clase subalterna. Caben mencionarse aquí el influyente trabajo de Florencia E. Mallon sobre el desarrollo de la conciencia nacional entre los campesinos mexicanos y peruanos en el siglo XIX (Mallon, 1995), el libro de Peter F. Guardino acerca del papel de la movilización de los campesinos guerrerenses de la Guerra de Independencia a la Revolución de Ayutla (Guardino, 1996) o el compilado por Gilbert Joseph y Daniel Nugent sobre de la intervención de los grupos populares en la formación del Estado mexicano (1994).

La presencia cada vez más extendida de la historia cultural, más cercana a la antropología que a la sociología, y el desplazamiento hacia los métodos de la crítica literaria, menguando la utilización de los provenientes de las ciencias sociales, así como una menor simpatía por la comparación o por cualquier afán generalizador, no son el mejor estímulo para el desarrollo de la sociología histórica, sin embargo, el campo no ha sido abandonado, por lo que podrían esperarse algunos resultados de calidad en los próximos años.

Bibliografía²²

- AGUIRRE Rojas, Carlos Antonio (1999), *La Escuela de los «Annales». Ayer, hoy, mañana*, Madrid: Montesinos.
- ALTHUSSER, Louis *et alii* (1979), *La crisis del marxismo*, Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- ANDERSON, Perry (1977), *La cultura represiva. Elementos de la cultura nacional británica*, Barcelona: Anagrama.
- (1979a), *Consideraciones sobre el marxismo occidental*, Madrid: Siglo XXI.
- (1979b), *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, México: Siglo XXI.
- (1979c), *El Estado absolutista*, México: Siglo XXI.
- (1980), «¿Existe una crisis del marxismo?», *Dialéctica*, V:9, 145-158.
- (1985), *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, Madrid: Siglo XXI.
- (1986), *Tras las huellas del materialismo histórico*, México: Siglo XXI.
- (1996), *Los fines de la historia*, Barcelona: Anagrama.
- ARROM, Silvia Marina y Servando ORTOLL, comps. (2004), *Revuelta en las ciudades. Políticas populares en América Latina*, México: Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana/ El Colegio de Sonora.
- BRACHO, Julio (1990), *De los gremios al sindicalismo. Genealogía corporativa*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- BRAUDEL, Fernand (1968), *La historia y las ciencias sociales*, Madrid: Alianza.
- BURKE, Peter (1991), *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid: Alianza.
- (1993a), *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los «Annales», 1929-1989*, Barcelona: Gedisa.
- (1993b), *El Renacimiento*. Barcelona: Crítica.
- (1996a), *Venecia y Amsterdam. Estudio sobre la élites del siglo XVII*, Barcelona: Gedisa.
- (1996b), *Hablar y callar. Funciones sociales del lenguaje a través de la historia*, Barcelona: Gedisa.

22. Las fechas que aparecen en el texto corresponden a la primera edición en inglés. Las que se consignan en la bibliografía corresponden a las ediciones en español.

- (1997), *Historia y teoría social*, México: Instituto Mora.
- CASANOVA, Julián (2003), *La historia social y los historiadores*, Barcelona: Crítica.
- CASANOVAS, Joan (2000), *¡O pan, o plomo! Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba, 1850-1898*, Madrid: Siglo XXI.
- CASTRO GUTIÉRREZ, Felipe (1986), *La extinción de la artesanía gremial*, México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- CHARTIER, Roger (1990), *Les origines culturelles de la Révolution Française*, París : Seuil.
- (1992), *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona: Gedisa.
- (1993), *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid: Alianza.
- (1994), *Lecturas y lectores en la Francia del antiguo régimen*, México: Instituto Mora.
- (1995), *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*, México: Instituto Mora.
- (1997), *Pluma de ganso, libro de letras, ojo viajero*, México: Universidad Iberoamericana.
- (1999), *Cultura escrita, literatura e historia*, México: Fondo de Cultura Económica.
- (2000), *Entre el poder y el placer. Cultura escrita y literatura en la Edad Moderna*, Madrid: Cátedra.
- DOSSE, François (1988), *La historia en migajas. De «Annales» a la «nueva historia»*, Valencia: Alfons el Magnànim.
- FEBVRE, Lucien (1970), *Combates por la historia*, Barcelona: Ariel.
- GIDDENS, Anthony (1994), «Fuera del mecanicismo: E.P. Thompson sobre conciencia e historia», *Historia Social*, 18, 153-170.
- GONZÁLEZ ANGULO, Jorge (1983), *Artesanado y ciudad a finales del siglo XVIII*, México: Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, coord. (1980-1981), *La clase obrera en la historia de México*, 17 vols., México: Siglo XXI.
- , coord. (1984-1985), *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 4 vols., México: Siglo XXI.
- GREZ TOSO, Sergio (1997), *De la «Regeneración del Pueblo» a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*, Santiago: Ediciones de la Biblioteca Nacional de Chile.
- GUARDINO, PETER F. (2001), *Campesinos y política en la formación del Estado nacional en México. Guerrero, 1800-1857*, Chilpancingo: Gobierno del Estado de Guerrero.
- HOBBSBAWM, Eric J. (1974), *Las revoluciones burguesas*, 2 vols., Madrid: Guadarrama.
- (1976), *Bandidos*, Barcelona: Ariel.
- (1977a), *La era del capitalismo*, Barcelona: Labor.
- (1977b), *Industria e imperio*, Barcelona: Ariel.
- (1978), *Revolucionarios*, Barcelona: Ariel.
- (1979), *Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera*, Barcelona: Crítica.
- (1983), *Rebeldes primitivos*, Barcelona: Ariel.
- (1987), *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona: Crítica.
- (1991), *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona: Crítica.
- (1992), *Los ecos de la Marsellesa*, Barcelona: Crítica.
- (1995), *Historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica.
- (1997), *La era del imperio*, Barcelona: Crítica.
- (1998), *Sobre la historia*, Barcelona: Crítica.
- (2003), *Años interesantes. Una vida del siglo XX*, Barcelona: Crítica.
- y George RUDÉ (1978), *Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing*, Madrid: Siglo XXI.
- ILLADES, Carlos (1996), *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*, México: El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana.

- (2001), *Estudios sobre el artesanado urbano del siglo XIX*, 2ª ed. corregida y aumentada, México: Miguel Ángel Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana.
- JONES, Gareth Stedman (1984), *Outcast London. A Study in the Relationship between Classes in Victorian Society*, 2.ª ed., Londres: Penguin Books.
- (1989), *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Madrid: Siglo XXI.
- JOSEPH, Gilbert M. y Daniel NUGENT, comps. (2002), *Aspectos cotidianos de la formación del Estado*, México: Era.
- KAYE, Harvey J. (1989), *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- LEAL, Juan Felipe (1991), *Del mutualismo al sindicalismo en México*, México: Ediciones El Caballito.
- y José WOLDENBERG (1980), *Del Estado liberal a los inicios de la dictadura porfirista (1867-1884)*, México: Siglo XXI, «La clase obrera en la historia de México, n.º 7».
- LEAR, John (2001), *Workers, neighbors, and citizens. The Revolution in Mexico City*, Lincoln y Londres: University of Nebraska Press.
- LÓPEZ MONJARDÍN, Adriana (1985), *Hacia la ciudad del capital: México 1790-1870*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- MALLON, FLORENCIA E. (2003), *Campesino y nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, México: Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados en Antropología Social/El Colegio de San Luis/El Colegio de Michoacán.
- MEIKSINS WOOD, Ellen (1994), «Entre las fisuras teóricas: E.P. Thompson y el debate sobre la base y la superestructura», *Historia Social*, 18, 103-124.
- MELGAR BAO, Ricardo (1988), *El movimiento obrero latinoamericano*, Madrid: Alianza.
- MONTGOMERY, David (1997), *El ciudadano trabajador. Democracia y libre mercado en el siglo XIX norteamericano*, México: Instituto Mora.
- MORSE, Richard M. (1958), *From Community to Metropolis. A Biography of Sao Paulo, Brazil*, Gainesville: University of Florida Press.
- MORENO TOSCANO, Alejandra, comp. (1978), *Ciudad de México, ensayo de construcción de una historia*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- NOVELO, Victoria, comp. (1999), *Historia y cultura obrera*, México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Instituto Mora/Universidad Autónoma Metropolitana.
- PALMER, Bryan D. (1981), *The Making of E.P. Thompson. Marxism, Humanism, and History*, Toronto: New Hogtown Press.
- (1994), *E.P. Thompson. Objections and oppositions*, Londres: Verso.
- PÉREZ TOLEDO, Sonia (1996), *Los hijos del trabajo: los artesanos de la ciudad de México, 1780-1853*, México: El Colegio de México/Universidad Autónoma Metropolitana.
- QUIROZ CHUECA, Francisco (1988), *La protesta de los artesanos Lima-Callao, 1858*, Lima: Universidad Mayor de San Marcos.
- RUDÉ, George (1959), *The Crowd in the French Revolution*, Nueva York: Oxford University Press.
- (1974), *La Europa revolucionaria 1783-1815*, Madrid: Siglo XXI.
- (1978), *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Madrid: Siglo XXI.
- (1981), *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona: Crítica.
- (1989), *La Revolución Francesa*, Madrid: Cátedra.
- (1991), *Europa desde las guerras napoleónicas a la revolución de 1848*, Buenos Aires: Javier Vergara.
- (2000), *El rostro de la multitud*, edición e introducción de Harvey J. Kaye, Valencia: UNED/Fundación Instituto de Historia Social.
- SÁBATO, Hilda y Luis Alberto ROMERO (1992), *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado: 1850-1880*, Buenos Aires: Sudamericana.

- SCOBIE, James R. (1974), *Buenos Aires. Plaza to Suburb, 1870-1910*, Nueva York: Oxford University Press.
- SCOTT, Joan Wallach (1988), *Gender and The Politics of History*, Nueva York: Columbia University Press.
- SOBOUL, Albert (1985), *La Revolución Francesa*, Barcelona: Orbis.
- (1987), *La Revolución Francesa. Principios ideológicos y protagonistas colectivos*, Barcelona: Crítica.
- SOWELL, David (1992), *The early Colombian Labor Movement. Artisans and Politics in Bogotá, 1832-1919*, Filadelfia: Temple University Press.
- THOMPSON, Edward Palmer (1975), *Whigs and Hunters. The Origin of the Black Act*, Nueva York: Pantheon Books.
- (1979), *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad industrial*, Barcelona: Crítica.
- (1981), *Miseria de la teoría*, Barcelona: Crítica.
- (1988), *William Morris. De romántico a revolucionario*, Valencia: Alfons el Magnànim.
- (1989), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 vols., Barcelona: Crítica.
- (1993), *Witness against the beast. William Blake and the moral law*, Nueva York: The New Press.
- (1994), *Making History. Writings on History and Culture*, Nueva York: The New Press.
- (1995), *Costumbres en común*, Barcelona: Crítica.
- (1997), *The Romantics. England in a Revolutionary Age*, Nueva York: The New Press.
- (2000), *Agenda para una historia radical*, Barcelona: Crítica.
- (2002), *Las peculiaridades de lo inglés y otros ensayos*, Valencia: UNED/Fundación Instituto de Historia Social.
- TILLY, Charles (1986), *The Contentious French. Four centuries of popular struggle*, Cambridge, Ma./Londres: Harvard University Press.
- (1990), *Coertion, capital, and European States, ad. 990-1992*, Cambridge, Ma./Oxford: Blackwell.
- (1995), *Las revoluciones europeas, 1492-1992*, Barcelona: Crítica.
- VAN DER LINDEN, Marcel (1996), *The Comparative History of Mutual Benefit Societies*, Berna: Peter Lang.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1979-1998), *El moderno sistema mundial*, 3 vols., México: Siglo XXI.
- (1998a), *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*, México: Siglo XXI.
- (1998b), *Utopística o las opciones históricas del siglo XIX*, México: Siglo XXI.
- , coord. (1996), *Abrir las ciencias sociales*, México: Siglo XXI.

Un Tratado no es un manual sino que es la exposición sistemática del estado del arte de una disciplina de acuerdo con una división temática de la misma, en cuyo desarrollo se exponen las diferentes corrientes, sus semejanzas y diferencias, así como los conceptos principales de cada perspectiva.

En este *Tratado latinoamericano de Sociología* se exponen solamente las nuevas perspectivas teóricas en algunas de las más importantes subdisciplinas de la Sociología, sobre todo las de aquellas que parten de las crisis paradigmáticas de fines de los setenta y principios de los ochenta. Su enfoque es desde los problemas sociales de América Latina.

Cada capítulo y tema planteado comprende tres partes: la primera, expone las teorías actuales más importantes sobre la temática a nivel internacional; la segunda, se centra en América Latina; la tercera, presenta los resultados de la investigación empírica, así como algunas reflexiones acerca del desarrollo de líneas de investigación necesarias; y se concluye con una bibliografía extensa y actualizada.

Obra novedosa en el campo de las ciencias sociales por abordar y vincular las teorías sociológicas internacionales con la singularidad teórica y práctica latinoamericanas.

ENRIQUE DE LA GARZA TOLEDO (doctor en Sociología y coordinador de la Maestría y Doctorado en Estudios Sociales de la UAM-I, del que es asimismo profesor-investigador) ha coordinado el presente volumen.

ISBN: 84-7658-778-3



9 788476 587782

C. Generales